

865G583

Oc

Gomez de la Serna, Ramón
Caprichos.

Return this book on or before the
Latest Date stamped below. A
charge is made on all overdue
books.

University of Illinois Library

aug 30, 1977

. GÓMEZ DE LA SERNA

OAK ST. HDSF

CAPRICHOS



CUADERNOS LITERARIOS



CAPRICHOS

PROPIEDAD RESERVADA

Imp. Ciudad Lineal.—Madrid.—Teléfono S-12



RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

RAMÓN GÓMEZ
DE LA SERNA

CAPRICHOS

Con ilustraciones del autor y un retrato

por MORENO VILLA

MADRID, 1925

LISTA DE OBRAS

(Para no dar un índice de obras confuso y en atención a que esto es un editorial de selección, voy a elegir en el catálogo la fila de obras que recomiendo.)

EL RASTRO.—Editorial Prometeo.—Germanías F. S. Valencia.

LA VIUDA BLANCA Y NEGRA.—(Novela grande.)—Biblioteca Nueva.—Librería Rivadeneyra.—Avenida Conde Peñalver, 8 y 10.

MUESTRARIO.—Biblioteca Nueva.—Librería Rivadeneyra.—Avenida Conde Peñalver, 8 y 10.

EL SECRETO DEL ACUEDUCTO.—(Novela grande.)—Biblioteca Nueva.—Librería Rivadeneyra.—Avenida Conde Peñalver, 8 y 10.

EL ALZA.—Editorial Saturnino Calleja.—Calle de Valencia, 28.

GREGUERÍAS SELECTAS.—Editorial Saturnino Calleja.—Calle de Valencia, 28.

EL INCONGRUENTE.—(Novela grande.)—Calpe.—Palacio del Libro.—Avenida Pí y Margall.

CAMONISONO (con ilustraciones del autor.—Calpe. Palacio del Libro.—Avenida Pí y Margall.

DISPARATES.—Calpe.—Palacio del Libro.—Avenida Pí y Margall.

EL DOCTOR INEVROSIMIL.—Atenea.—Calle de Campomanes, 8.

VARIACIONES.—Atenea.—Calle de Campomanes, 8.

EL NOVELISTA.—(Novela grande.)—Atenea.—Calle de Campomanes, 8.

CINELANDIA.—(Novela grande.)—Atenea.—Calle de Campomanes, 8.

LA QUINTA DE PALMIRA.—(Novela grande.)—Ateneo.—Calle de Campomanes, 8.

POMBO (primer tomo).—Librería Beltrán.—Príncipe, 16.

POMBO (segundo tomo).—Librería Beltrán.—Príncipe, 16.

EL LIBRO NUEVO.—Librería Beltrán.—Príncipe, 16.

SENOS.—Librería Beltrán.—Príncipe, 16.

EL CHALET DE LAS ROSAS.—(Novelón.)—Sempere-Martí.—Valencia.

EL CIRSO.—(Última edición corregida e ilustrada).—Sempere-Martí.—Valencia.

GOLLERÍAS.—(Con ilustraciones del autor.)—Sempere-Martí.—Valencia.

EL GRAN HOTEL.—(Novela grande.)—Fombona, editor.—Ferraz, 21.

EL DRAMA DEL PALACIO DESHABITADO.—(Colección de dramas.)—Fombona, editor.—Ferraz, 21.

Colección de Cuadernos Literarios

CRÍTICA ARBITRARIA.—PENSAMIENTOS ESCOGIDOS.—LA ESPAÑA NEGRA DE VERHAEREN.—UN ASPECTO EN LA ELABORACIÓN DEL «QUIJOTE».—CALENDARIO.—LA COMEDIA DE UN TÍMIDO.—ALGUNOS VERSOS.—CARTAS A AMARANTA.—CAPRICHOS.—DOS PUEBLOS DE CASTILLA.—MANUAL DE ESPUMAS.—RACINE Y MOLIÉRE.—De venta en la Editorial «La Lectura», Paseo de Recoletos, 25.—Madrid.

Las dramáticas chimeneas

Todo es ironía. Sea este apotegma siempre como la invocación suprema, antes de pensar en nada, tanto ante la tragedia como ante la comedia de la vida.

*
* *

Las chimeneas bajo el mal tiempo es cuando sobreviviendo bajo la nieve, bajo el agua fuerte de la helada o bajo el frío de sus estepas, se muestran más categóricas y cuando figuran con más actualidad en nuestra visión de la vida.

Las chimeneas son lo más incontrastable e incontestable de la ciudad. Su espíritu improbable, pero eficiente, es

varonil, enterizo, heroico, «ibseniano», ultravertebrado, elevado sobre el bien y el mal. Imperturbables, serenas, rudas, olímpicas, dan una extraña y sincera realidad a la ciudad, a la que en el se-



dentarismo y la molicie nos imaginamos tan nuestra, tan claudicante, tan envolvente, tan pueril, que llegamos a perder su perspectiva y su admirable, digna y grave extrañeza. Ellas son la más elevada categoría

de la ciudad. Son todo un pueblo eminente. Son como el digno remate de la ciudad, insociable, impolítico, incontagiable y ascético.

El serio continente que tienen las ciudades se debe a ellas, que las hacen épicas y trascendentales. Las fachadas y lo que tienen de institucional los edificios recogen el triunfo, vano, servil y populachero, mientras ellas, que son las sensatas y las interesantes por excelencia, obtienen sólo las miradas de los limpios de toda superstición. Ellas son como amigos versados y tranquilizadores que nos hacen asequible el sentido de la experiencia y de la ciencia, que los profesores se empeñan insidiosamente en hacer inasequible, intrincado y abrumador.

Ellas dominan la ciudad y nos dominan. Ellas dan ánimo en todas las injustas humillaciones que hace sufrir el favoritismo y la irregularidad que rige la vida, para lo que basta a la tarde de ese día amargo levantar los ojos a ellas y ver en sus ojos la serenidad, la simpleza y el sarcasmo confortador y abracadabrante.

Tienen una mirada providencial, una mirada traslúcida, llena de conmisericordia, como la de esos ojos despejados que miran con las cejas altas, dándose pródiga cuenta de todo. Por los numerosos ojos blancos de su negra cabeza



mira la gran inteligencia del cielo unánime. ¡Cuántas veces se han quedado nuestros miserables ojos fijos en los suyos, que atraen y cautivan con cierto magnetismo!

Contemplativas y sombrías, miran hacia los cuatro puntos cardinales. Ven el mar y el ultramar. Ven tan espaciosos horizontes, que parecen alcanzar el límite del mundo. Por como se adiestran en lo que ven, está llena su mirada de una doctrina tan terrestre, tan escéptica, tan cruda y de tan amplia moral.

Muchas veces he huído por entre las chimeneas, como si en su país estuviese

el único terreno neutral cuando no se puede emigrar a ningún lado.

Las chimeneas, que son un caso de voluntad de alcanzar las alturas, nos han admirado como nada, viéndolas escalar una alta tapia, hasta desembocar en el cielo. ¡Qué gran ejemplo de elevación por sí mismo!

Las chimeneas son las grandes divulgadoras de secretos, son las intérpretes de que se vale el cielo para entender las cosas de la vecindad de los hombres.

Las chimeneas son personajes de un Ibsen supremo, los personajes depurados y redimidos. Son lo que está más alto y lo que es más tribunicio de la ciudad, son los únicos tribunos que no están vendidos, y cuyos discursos, llenos de ideas avanzadas, aconsejan siempre mayores audacias.



Son el ser con cabeza nada más, la

cabeza más romántica sobre los románticos, la cabeza mejor plantada sobre un cuerpo hecho para la cabeza, como lo estará el del ultravertebrado, que a lo que más se parecerá será a una chimenea.

Nuestro concepto más alto debe ser el de las chimeneas, porque ellas no nos traicionarán. Que nos emulen las chimeneas, los seres con una idea más real de la realidad, los vigías de la realidad, los que enseñan la manera desinteresada y grave de presenciar la vida.

¡Oh, yo quiero después de muerto encarnar en una chimenea, ser una chimenea en el barrio más dramático de la ciudad más dramática!

Yo he tenido una chimenea en mi cuarto. No fué la que pude haberme llevado cogiéndola de la calle y curándola en mi casa como a duelista herido. La compré en el Rastro, en la *Morgue* de las chimeneas.

La he tenido años en mi casa y la enseñaba a las visitas como ese guerrero encoseletado que los próceres tienen en



un rincón de su cuarto. Mi chimenea me emocionaba, sobre todo cuando volvía muy tarde a casa.

Pero la quité de mi estudio porque

hay dioses que no quieren la idolatría, y me resultaba un pozo artificial y no quería que se sospechase que era un alarde mi religión más que una cosa profunda.

A mí las chimeneas me han bendecido desde lejos y me han ordenado en su secreto de tanto como he mirado hacia ellas y he seguido su disciplina.

Así como los escritores franceses dicen: «yo estuve en el Liceo de Orleans o de Diderot», yo he de confesar que he estado en el Liceo de las chimeneas negras.

Lo más animoso de la ciudad, sin dejar de ser grotesco o infundioso, está en las chimeneas.

Se levantan como en una madrugada de uno de esos viajes que tenemos que emprender desgarrados y dan ejemplo de entereza al que pasa sobre los lucernarios de la madrugada del viaje.



«Somos unas y las mismas en todas partes... Si aquí te despedimos allí te acogemos».

Al oír eso y más convencidos que con todas las opiniones del que nos acompaña, nos tranquilizamos.

Son grupos que comentan lo internacional y lo nacional.

Esos alambres que las sostienen son antenas para sus noticias.

«No os conmováis tanto con las cosas».

«Ved cómo nosotras permanecemos inmutables, acogiendo como

un cuento el suceso de cada día. Si comentáseis como nosotros las cosas en esas esquinas en que os paráis, seríais más sosegados y felices».

«Pecho a lo hecho y a lo sucedido».

«Acojamos el día con la frente muy alta y entregados a la divagación».



En lo alto las chimeneas y en lo bajo los faroles, yo me hubiera muerto de llanto y pena si ellos no me hubieran sostenido en la tribulación del vivir y de ver la gitañería malvada y ratera de la vida.

Las chimeneas se satisfacen de su calor íntimo, y como en la masonería, hay las hermanas durmientes y las que llegan a subido grado, o sea aquellas cuyo aparato matriz no se enciende y las que pertenecen a cocina o chimenea activa.

Parecen también gatos empuñados hasta la suma estiración, y sobre todo el intersticio que traspasa la ley en sus mirillas forma un ojo felino.

Hay días en que andan mal, en que están atascadas, en que el humo no quiere salir por ellas. Hace mucho frío fuera y el humo se abstiene de salir metido en la chimenea. Hay que empujarlo con más humo.



Hacen el saludo fascista a la mañana.

Y sobre todas las cosas espirituales que son, resultan una especie de estadística que pone de relieve el que la ciudad es pópulosa.

Tienen un alma escarmentada, educada en la realidad, un alma señera y admirable.

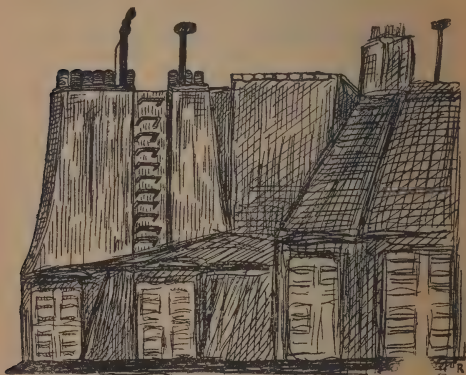
¡Oh, el día de mi crucifixión yo experimentaré un gran consuelo levantando los ojos a las chimeneas consolatrices!

Las chimeneas están sobre los acontecimientos, sin asustarse de nada, en su puesto hasta el último momento. Así, en los incendios son el primer bombero que se ve en los tejados, sin arredrarse, inmóviles y valientes, destacándose sobre el fuego, heroicas, como el capitán que se queda sobre cubierta hasta que se hunde el barco.

Frente a todo el orgullo vano de las cosas, ellas tienen un orgullo muy metido en sus adentros, un orgullo hermético.

co y adusto, el verdadero orgullo del hombre íntegro y solitario.

Se ha amparado de ellas mi mirada cuando más trágico estaba mi corazón en la soledad del extranjero. Me he ha-



llado a su lado, no sé cómo, a su lado, y salvado por ellas como el que se salva agarrado a una tabla, cuando me he sentido ahogado por las cosas de la calle, como si en la inundación que llena las ciudades en nuestras desesperaciones

sólo en su región se estuviese a salvo sobre las aguas turbias del drama mundano.

Siendo un pueblo de muchos habitantes, se llevan bien, con un gran respeto y con una gran idea de la igualdad en la identidad y la hilaridad del talento y la videncia.



Se comunican entre sí, recogen las noticias del telégrafo, cuyos hilos pasan junto a ellas, se valen de los pájaros, asiduos mensajeros de observaciones sutiles; de los buhos, grandes pensadores, herméticos y dignos, que ven la obscuridad; de los murciélagos investigadores y de los gatos gu-luzmeadores y decadentes.

¡Son estupendas! Sobre los tejados—calles en cuesta, como tranquilas calles de aldeas perdidas—, son lo más vivo, lo más persuadido de todo y lo más autóctono, en contraste con las cruces, áb-

sides, los palos del telégrafo, las veletas, los pararrayos y todos esos remates que son naturaleza muerta y ciega de los tejados, cosas industriosas que carecen de espíritu por imposibilidad de su materia compacta, insensible y nada fantástica.

Ellas defienden las casas, en las que, si no, ¿cuántos trasgos, cuantos criminales y cuántas asechanzas no entrarían por los tejados? Es indudable que en una casa sin chimenea entraría la ruina.

Las chimeneas están llenas de todas las confidencias de las casas, saben las generosidades y las infamias sordas que se realizan callando y con impunidad en el fondo de ellas, y desprecian y aman, según lo haría un espíritu alto y noble. Las buenas almas de los muertos se van por ellas, y las malas por el retrete. La inspiración llega por las chimeneas, que son las que saben recoger la iniciativa en el extenso campo que dominan y comprenden. Ellas son la franqueza des-

concertante de la casa, a la que implacablemente proporcionan. Ellas son las que delatan lo que tiene la casa de humano



y de precario siempre, aunque sea un gran palacio.

En las chimeneas hay como una alegría intensa y superior. No sé en qué

grabado funambulesco y moderno vi una patrulla de enamorados dando traspiés en el aire, todos de bracete, bailando un «galop» flotante en la región de las chimeneas. Aquello me pareció elocuente, dichoso y veraz. Aquello me cercioró de ese deseo que en los momentos de ale-



R.

gría me induce como hacia los tejados, esos Campos Elíseos de las chimeneas, ese paraje en el que todo es más fuerte, más comprensivo, más desgarrador, más libre y desenvuelto.

En las chimeneas hay también una tristeza honda, una melancolía de Hamlet, que es también acogedora y comprensiva para los dolores que queremos cultivar. Son quizás, ante todo, dramáticas, aspecto que acabó de revelarme esa casa proverbial de las muchas chimeneas, que tiene un aire lúgubre, de obstinada meditación, de misteriosa intimi-

dad, como hospedando espíritus extraordinarios y taciturnos.

¡Oh las muy divinas chimeneas!... Si estuviésemos en tiempos de creación de religiones, yo propalaría el culto a las chimeneas.

VARIEDADES

Las chimeneas son muy diferentes, aunque tengan idéntica esencia.

Las solitarias tienen una desolación y una importancia mayor. Parece que tienen más amplia incumbencia, más heroico papel, ingentes y soberanas. Las que asoman sólo la cabeza a ras de un tejado lejano son expresivas, casi alucinantes, como si fuesen guerreros que sacan la cabeza de la trinchera. Cuando se congregan muchas forman como un ejército irregular, unas muy altas y otras muy chicas, a veces intercalándose por simpatías, otras veces en perfecta escala.

Las más chicas resultan como niños pequeños que en un juego de guerrilleros se colocan al lado de los niños mayores, formando a su lado como iguales, o creyéndose quizás más altos que los más espigados.



Las que tienen el casco cerrado, son perfectos y atezados guerreros de armadura hermética, llenos de un poder secreto y eficaz, y que, aunque no necesitan armas, a veces parecen tener una lanza. Las que tienen el casco abierto, un casco como una caperuza, que cae sobre sus ojos y al que retiene sobre su cabeza de cielo el triple barboquejo de hierro, muestran un rostro más claro y despejado. Las que son como una gran T, encierran más blindado y más secreto que las otras su guerrero nato.

Esas que son de barro y tienen como un campanil en lo alto y una ventanita debajo, son chimeneas angélicas, primeros embriones de las otras, que, revestidas de hierro, tienen el mismo espíritu sabio e ingenuo de ultravertebrados.

Las chimeneas de los estudios, que salen del alto ventanal de cristales, son ligeras, finas, simpáticas, y hay en ellas como una mayor espiritualidad y confraternidad. Las chi-



meneas que dan a los patios particulares tienen una vida precaria, humillante, de grandes hombres asilados o presos. Las de los patios de las oficinas, de los ministerios, y, sobre todo, las de los patios de la Casa de Justicia, son chimeneas sombrías, llenas de pesadumbre y de impotencia, hartas de negra injusticia, del espíritu ruin y del negro chanchullerismo que se fragua en esos inte-

riores. Todas estas chimeneas de patio, que no escalan completamente el tejado, quedan en una postura difícil, ansiosa,



angustiosa; son como chimeneas malogradas, aunque sin perder por eso la nativa rebeldía y exaltación de la especie.

Las chimeneas de las casuchas pobres y bajetonas de los arrabales—para precisar más—, las chimeneas de los chamizos o garitos misteriosos, no dejan de ser magníficas, y estando más cerca de nosotros, nos intimidan y nos impresionan más que las otras. En esas chimeneas, el guerrero resulta agresivo, pero nos satisface su rudeza, porque la puede tener, porque es generosa y justa. El guerrero de esos zaquizamís de ladrones o de conspiradores parece vigilar siempre, y por él, sólo por él, en la hora precisa del peligro, ellos sentirán la sospecha de que la policía se acerca.

Las chimeneas torcidas, desfallecientes, sostenidas por una ortopedia de alambres tirantes, son las más lamentables, y su desviación nos compunge. Las que inclinan sólo la cabeza parece que lo hacen abrumadas de un dolor y de un cansancio de redentores. Las que buscan inclinándose el apoyo del compañero

próximo, fuerte y erguido, no sólo revelan su flaqueza un poco humana, sino que revelan la conmovedora confraternidad con que se asisten entre sí.

Las grandes chimeneas de las fábricas no merecen llamarse chimeneas. Son híbridos y monstruosos artefactos.

LAS EXTRANJERAS

En las ciudades extranjeras y remotas hemos visto las chimeneas más profundamente, como sobrecojidos por ellas, viéndolas en su cabal significado, como los más sabios e imparciales intérpretes de la ciudad, como identificando todas las ciudades. Esas chimeneas no pueden con el advenedizo, con el turista trivial, y le hacen sentir su mirada de iniciadas en la ciudad, que los turistas confunden miserablemente. Viajando es como se entera uno de su intensa e inolvidable importancia. En las

extranjeras es donde me he sentido más afín de ellas que de los hombres.

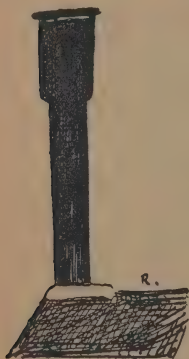
Mirándolas he resumido mejor las ciudades, hermanando en una sola sensación el valor de los distintos cielos, de las distintas horas y de las distintas cosas y parajes. Ante ellas, adustas, insobornables, independientes, observadoras, he sentido que son lo más escabroso de las ciudades; lo que de un modo más arbitrario y sincero las exalta; lo que es impasible y mordaz para con su novelería artificial.



Las chimeneas de Londres están locas de actividad. Su cabeza gorda y poderosa gira vertiginosamente, movida por el humo, mediante no sé qué estúpida combinación. Los hombres las han pervertido. Hace daño su movilidad. La serenidad es necesaria a las chimeneas. Nos defraudaron.

Las chimeneas de Burdeos son sombrías y expectantes como ellas solas.

Las chimeneas de París, de cabeza recia y redonda, formidables, trágicas, poseídas de la galantería, el desparpajo y el fondo criminal y audaz de París, ele-



vadas sobre todo eso que saben evidentemente, nos admiran siempre que las vemos como si fuesen los geniales depositarios del secreto pasional y patético de la ciudad. Cada chimenea de París es un Verlaine, un Napoleón, un Víctor Hu-

go, aunque entre ellas haya también algún terrible e inapresable apache. Honorato de Balzac fué la más estratégica y real chimenea de París. Volvemos siempre a París por ver sus chimeneas expertas, alucinantes y desgarradoras.

París será siempre invencible por la cantidad de chimeneas que tiene.

Las chimeneas de París han leído a Eugenio Sué, Víctor Hugo y «El Mercure de France»...

Las chimeneas de París forman verdaderos puertos de chimeneas en la congregación de cada fachada.

Su imaginación es siempre baudelairiana y Aloysius Bertran se ha puesto el impermeable de una de ellas, de una estrecha entre las estrechas, pero larga, larga.

Las chimeneas de París a quienes más miran es a los que pasan en «fiacre». Las que son mujeres entre ellas, se timan apasionadamente con el que pasa repanchingado en su «fiacre».

No comparten el miedo a morir y dan consuelos para el morir. «Desahogaros de ese pensamiento mirándonos impasibles, indiferentes sobre el día de otros vivos y otros muertos», parecen decir,

porque la verdad es que sólo en espectáculos tan simples y rutinarios se puede encontrar consuelo a morir.

La chimenea del hotel-restaurant Foyot, que es el hotel de los Senadores y en el que como Radiguet en el breve instante de su éxito en vida, es para mí la más senadora vitalicia que hay en París. La he contemplado con envidia de sus humos.

La de la Degustación-café que hay en un ribazo de la plaza del Odeón, también disfruta lo suyo tomando siempre buen café, pues pertenece a un comercio de cafés «en gros». Ya tiene el corazón ennegrecido por el tueste de café, que es lo que se lleva su más exaltado aroma.

La novela del fondo de la calle que tan fácil es de comenzar, pero tan difícil de desenlazar, se desenlaza en ellas. Ellas digieren lo que hay de novelesco en el fondo de la calle de las Carbone-


rías, y su imaginación triunfa de la dificultad del enredo antes de llegar a que el personaje se cuelgue de un farol.

Haciendo un esfuerzo magnético, enorme, una vez que viví yo en un alto piso, muy alto, frente a chimeneas de tipo a lo Musset, pude encontrar la transmisión de pensamiento de la chimenea. ¡Qué bella novela estaba pensando la tall! Se titulaba «El ejemplo del drama».

Se veía un matrimonio de esos que van temprano al teatro de drama. Se dibujaba lo que los dos pensaban en su palco, somormujo, sin que los terciopelos se enterasen, cambiando apenas de postura, con los ojos abiertos sobre la segunda parte de la noche.

El pensamiento de la chimenea se llenaba de muchos episodios y por fin cuando ya era muy de noche, a la vuelta de los teatros, cuando los autos dan con sus bocinazos esa hora, se veía que el matrimonio, ya en casa, él, después de

afeitarse de nuevo («¿para qué te afeitas?» le pregunta ingenuamente su esposa), ensayaba en ella la solución sangrienta del drama.

 Esa fué la novela que desde un atardecer a una madrugada, vi dibujarse en la imaginación de una chimenea de París, con toda clase de detalles de la vida, en un ambiente de naturalidad y con la tufarada de intimidades y olor a estuche de un viejo perfume que tiene la casa a la vuelta del teatro.

Las chimeneas de París viven como en una movilidad callejera atroz. Yo juro que aquella que vi en el banco de la Estrella es la misma que he descubierto en un rincón de la rue des Écoles. Se parecen de un modo invisible, como si para que no viésemos el momento de su

traslado, nos cortasen ese momento en la cinta sobre los modestos transeuntes que somos.

En los bosques de chimeneas de París, que son como bosques de cementerio, nos hemos perdido durante los sueños, porque es a los tejados a los que subimos durante los sueños pares, así como es a las cuevas y a las alcantarillas adonde bajamos en los impares.

Alguno de ellos, los que son guardias de seguridad, nos advirtieron: «sobre todo tengan mucho cuidado con los gatos silvestres de los tejados»...

Las chimeneas de Suiza bajo la nieve del invierno fueron una nota cordial, animosa, llenas de un profundo calor interior en que se gozaban sacando partido de la nieve total. Era lo único que sobrevivía sobre la nieve.

Las chimeneas de toda Italia, como las de Madrid, nos fueron más asequibles, más compañeras, resultándonos más

equilibradas por el medio y por el cielo. Son un poco ingenuas y meridionales, sin perder su talento de especie que no puede condicionar ni el clima ni la ciudad.

MOMENTOS

Todas las cosas reflexionan en la hora—las fachadas, los miradores, las cariatídes, los aleros, las cazoletas del telégrafo, las cruces de las torres—, pero las chimeneas, sobre todo, reflexionan más genialmente en la hora.

Las chimeneas son mañaneras. En la madrugada y en la mañana tienen algunas—¡parece mentira que haya tantas y humeen tan pocas!—una hora de humo, que es como su hora de ensueño. A la tarde viven más que a ninguna hora, y en el ocaso, más que nada, tienen un momento entrañable, luminoso, más pensativo que el del cerebro de los hombres en esa hora ante el mar incendiado. Se les ve mirar el ocaso y

dárnosle en el revés de sus ojos, que es lúcido e inteligente también. En el ocaso es más intensa y más apasionada su mente. En el ocaso, prescientes y avanzadas, ansían más la luz y la recogen más vastamente. En el ocaso toman un talante marcial, sobrepuesto, «napoleónico». Después, en cuanto anochece, se quedan meditando en el ocaso, y a la noche, aunque se las sospecha enteradas de todos los caprichos, los sadismos y las villanías de la noche, no se sabe lo que hacen, y a veces ni si están, si no hay luna que las revele enhiestas, emocionantes, enjuiciadoras, supremas, como románticas.

Las estaciones no pasan por ellas. Cuando se es de hierro no se tiene frío ni calor. Frío y calor los tienen la carne blanda y el alma pusilánime de los animales. Sin embargo, en el invierno es cuando más preocupan, y los hombres acostumbrados a compadecerse de todo las compadecen. Ellas, sin frío ninguno,

no recurren siquiera a meterse en las guardillas que se las ofrecen como garitas cobijadoras.

CÓMO MUEREN

¡Cuidado que es triste un farol destrozado y desfigurado como una gran araña aplastada, inclinado, retorcido y tumefacto por las pedradas, como una cabeza de crucificado!... Pero más triste es una chimenea destrozada. Es algo muy excepcional, pero a veces sucede; tardan mucho en morir, pero a veces mueren. Sólo una noche al año cae una desde el alto tejado y se mata. Yo he presenciado una de estas caídas trágicas y no olvidaré nunca mi estupor. Fué una madrugada. Sobre las cuatro y pico, yo volvía a casa por la calle solitaria y lívida en que acababan de ser apagados los faroles, cuando en mi propia calle me encontré una chimenea exánime y tendida. Fué descorazonadora mi sorpresa. Me incliné sobre ella un momen-

to, estuve dudando a quién avisar. ¿A la policía? ¿A la casa de socorro? ¿A los hermanos de la Paz y Caridad? ¿A la puertecita por donde se piden de noche los santos sacramentos? En aquel momento confuso no supe lo que hacer: si rezarle un Padrenuestro o si recoger su cabeza desprendida, como recogió la de San Juan la dulce Beatriz después que la abandonó Salomé. Al fin cometí la simpleza de llamar a mi sereno, al que vi alucinado por un problema superior a su inventiva.

Después de pasada aquella noche, he pensado que debí cogerla y subirla a mi morada, en uno de cuyos rincones hubiese hecho bien, gallarda y reconcentrada, ejemplar y heráldica, erguida, no como los brutales y fanfarrones guerreros que hay en un rincón de los salones de las casas grandes, sino como el guerrero lleno de una alta y misteriosa experiencia cuya arma fué una absurda y fulminante sabiduría interior.



El ente plástico.

Con calor de día gris se asoma ese muñeco a los escaparates de objetos de pintura. Se apoya en un caballete o se sienta sobre una de esas paletas de porcelana que son tan odiosas.

Ese maniquí de madera es en verdad un ente, algo que existe, tiene vida propia y es grotesco. Al mismo tiempo ese engendro tiene algo de muerto, de muerto antes de nacer, de tipo de ser en los limbos primitivos, de proyecto abortado, de primer momento de un alma, de larva humana.

Para mí siempre ha tenido una gran fuerza fija ese muñeco de vestir que tienen los artistas en sus estudios y que no se sabe cómo clasificar.

¿De quién es hijo el tal monigote? ¿Es muñeco, espectro anatómico o ser vivo? ¿En qué capítulo de la fauna debe figurar? ¿Entre lo monstruoso, entre lo vivo o entre lo muerto?

Está siempre en el acuario de la tienda. Da tipo de tienda de pinturas al establecimiento pero tarda mucho en venderse. Parece un niño triste que juega eternamente con los pinceles, las paletas, los lápices de colores y los tarros que son tan simpáticos de apretar. Es el crio infausto que no sale nunca de la convalecencia y que juega a iluminar los paisajes esquemáticos de las cartillas de dibujo.

Tienen cambios de postura en sus escaparates eternos. Unos días al abrir la tienda están sentados en el sillín campestre para los pintores, otros como con una lanza en el tiento en ristre, otros junto a la caja de bombones de la acuarela.

A través de mis paseos por las ciudades, en mis paratetismos más solitarios he encontrado siempre de cuerpo presente y queriendo ser un juguete del día, a ese muñeco malogrado, juguete ciego, calvo y con hechuras bastante perfectas, ¡hubiera sido un niño tan bonito!

En los días más desconceptuados de mi vida, en los días de fallecimiento he visto siempre al maniquí híbrido, desustanciado, trivial, que da a los escaparares de las tiendas de pintura tipo de tiendas fúnebres.

Mi mirada hacia el muñeco hospiciano no era la que se dirige a un objeto cualquiera, la que se dirige a los bastidores con lienzo que dan pena porque casi siempre soportarán un cuadro malo, ni a las cartucheras de municiones de los tubos de óleo, ni la mirada que se arroja desesperada sobre ese paisaje en uno de cuyos rincones se lee un «*Se vende*», escrito con letra mendicante.

El maniquí de artista tiene un gesto descompuesto de niño que tuvo la meningitis y tiene algo de muñeco de ventrílocuo despintado, embrionario, filosófico.

Parado frente a los escaparates me decía yo siempre: «Es un hombrecito, algo particularmente serio, que no podría sufrir las bromas de un niño y que por lo tanto nunca podrá dársele de juguete a un niño...» «Tiene la melancolía de los cartabones».

El monigote ortopédico, el bailarín mudo y quieto—al que ha querido echar a perder Pinocho—con el tipo de los seres anatómicos a los que se ha quitado la primera piel, es algo así como el ser vestido sólo con un traje como de tejido conjuntivo.

En cada población me ha caracterizado para siempre el sitio en que se me apareció. ¡Oh, Montparnas lleno de ellos, como si fuesen las «tenias», a medio bien formar, del Arte y la Gloriam



Por fin, sin ser pintor, he comprado uno de esos entes que miran al cielo y lo he observado con repugnancia de su tristeza y con deseo de descubrir su secreto.

Nadie como yo ha dedicado una atención tan intelectual y tan constante a ese ser olvidado, perdido en los rincones de los estudios, tratado como una cosa.

He sido el disecador, el anatomista, el observador científico de ese espantojo de la nostalgia de no se sabe qué.

Me ha dado noches de pesadilla y me ha abrumado con la idea de todo lo que permanecerá informe en el espíritu aunque yo muera por darle forma. Ha sido colgado de su clavo número 1.898, la emulación para que todo sea divertido en literatura, el remordimiento ostentoso de las cosas inacabadas, de las cosas en ciernes, de aquello en que se pensó lo mejor y se olvidó en seguida.

Pero no encontraba su secreto soporífero e intelectual de ningún modo, aunque puse en ebullición toda mi materia gris.

Hasta que un día la modelo trivial, al verlo en un rincón de mi torreón, gritó: «¡Hijo mío!», y me contó que era hijo de ella y del pintor mediocre de los cabellos rubios, el aborto de los partos que suceden en los divanes de los pintores y que van a parar a las inclusas de las tiendas de pintura para que sirvan de modelo contorsionista a los pintores geniales como no sea como documento arqueológico y sarcástico!

Cabelleras vegetales.

Yo, que no me entusiasmo mucho con la escultura artística porque me parece un arte fácil en el hombre, como lo es en la mujer tener hijos, me admiro ante las esculturas que tienen gran carácter y ninguna pretensión como esculturas.

Entre esas esculturas fenomenales, en las que se destaca un gesto de la vida un poco desorbitado, está la cabeza de barro cocido—¡qué lástima tener miedo de decir «terracotta»!—, que sirve para sembrar en las huellas como de viruela que hay en su cabeza y en su barba, bigote y sotabarba, la semilla de una hierba o hierbajo que crece rápidamente como fuego artificial y pasajero.

En ese escaparate de la calle de Hortaleza, en que se exhiben, las he visto desde chico, envidiando su adquisición, aunque sin atreverme nunca, porque siempre me ha parecido que iban a llenar de humedad y de rezume la mesa en que habría que colocarlas, porque una cabeza cercenada no es cosa de colocar-



la irrespetuosamente en el suelo ni en los sostenes de hierro del balcón. No sé por qué he supuesto que esa cabeza degollada iba a estar desangrándose siempre, escapándosela el regadío necesario para que la simiente no se seque nunca.

El gesto de esas cabezas de barro, de esas macetas humanas que se pasan la vida esperando su jardinero y que son como ex votos para salvar a los jardines de la esterilidad, era un gesto rígido, kaiseriano, presumido, de bigotes levantados, de cejas enarcadas.

—¡Vaya un tío más pretensioso y antipático!—nos solíamos decir al pasar por la surtida tienda de las semillas, esas semillas metidas en un sobrecito con la pintura de su flor al dorso, y que parece el sobre de la felicitación fecunda por el día de su santo o de su cumpleaños a la señorita del balcón lleno de macetas.



Pero aunque mirábamos con antipatía a la cabeza barrosa, unas veces pelada y otras con el pelo crecido, no dejábamos de comprender que aquello era una cosa interesante, quizá la única imagen de un arte barroco y animado.

Pero por fin he tenido una de esas cabezas de intimidad sospechosa, pues tie-

nen catadura de criminal decapitado que aún se las mantiene tiesas con la sociedad. ¡Qué gran animación ha adquirido la cabeza a través de los días!

Primero me miraba como pelado y descañonado forajido que tiene un secreto cínico que comunicar; después se convirtió en un convaleciente al que le crece la barba y el pelo durante la en-



fermedad o el resucitado que al entrar de nuevo en la convalecencia de la vida vuelve a recobrar su pelo. ¡Cómo se reanima aquella cabeza a través de los días!

Nadie hubiera reconocido en la segunda fisonomía el tipo de la primera.

El pobre calvo, gracias a «petróleos» que hacen crecer el pelo de los que lo perdieron, fué recobrando su antigua pelambrera, pero más rala, más intensa y más hirsuta, como si fuese la víctima de una indiscreción, de una cosecha de

pelo provocada por un medio artificial, y gracias a haber abierto demasiado la mano de las simientes. ¡Qué extrañas cejas despavoridas como barbecho silvestre de los tejados, como bardal fiero!

Me tiene un poco obsesionado la cabeza de barro florido o hierboso, mejor dicho, y ya he acertado algunos enigmas y algunos parecidos que no acababa de hallar. Ya sé a quién se parece ese señor que tenía en su rostro tan extraña rigidez, y al que no le acababa de ir bien el parecido con un cepillo; ese señor se parece a una maceta humana, y todo en su rigidez y en su *alevosía* es cosa de que es el hombre con cabeza no ya de chorlito, sino de «terracotta» hierbosa.

Aunque no haya conseguido más que resolver ese problema con la cabeza de barro cocido, aunque se me seque en seguida la hierba que fué difícil producir, no importa: ya hay bastante.

El niño asfixiado.

Manolito era un niño de tres años, bastante crecido para esa edad, pero inocente como él solo.

Manolito observaba por primera vez las cosas y aún no sabía bien si unas tijeras mordían y si los objetos que brillaban tenían luz dentro.

En cuanto Manolito se veía solo, daba una vuelta a las cosas con cuidado de no *quemarse* con ellas, pues eso quería decir el gesto de recelo con que las cogía.

Manolito tenía ideas peregrinas que no podía llevar a la práctica, pero cuya realización rondaba.

Una de las cosas que Manolito intentaba siempre era meter los dedos en un enchufe eléctrico, porque pensaba con-

fusamente que se le iluminaría la cabeza y quizá todo el cuerpo sin quemarse, como no se quemaba la bombilla. Hurgababa con ahinco en el enchufe, pero no lograba nunca meter los deditos: «He crecido ya demasiado—pensaba el niño—... Quizás hace un año los hubiera logrado meter».

Todas sus fantasías las edificaba con los objetos de casa de sus padres.

«Si yo fuese como una mosca—pensaba ante el gran terráqueo—daría una vuelta alrededor del mundo sólo con pasearme alrededor de esa gran bola».

Una de las cosas que soñaba Manolito era meterse dentro del *boureau* americano de papá y quedarse dentro del cierre para darle un susto cuando abriese y para descansar además tranquilo durante un largo rato sin merecer todos los cuidados, mimos y regaños que como ser visible se ganaba. Metido en el *boureau* de su padre oiría todas las andanzas

de la casa y cómo preguntarían todos por él sin lograr dar con su escondite.

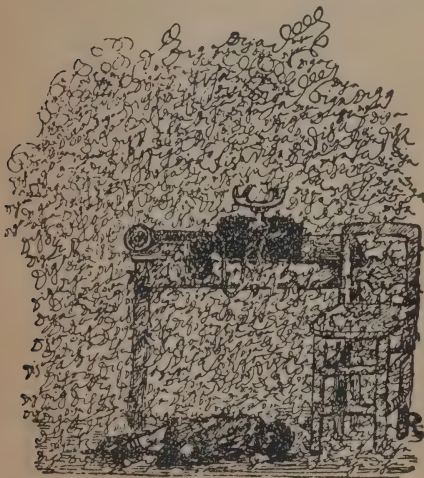
—¿Y Manolito? ¿Dónde se habrá metido?

—¿Y Manolito? ¿Dónde estará?

—¿Se habrá perdido Manolito?

—¿Le habrán robado?

—Hay que llamar a un detective.



Manolito era tan niño que abría aún todos los libros del revés y hacía como que leía los periódicos metiendo la nariz en ellos, gesto que hacía como un actor cómico que repite el número para ganarse una ovación.

Manolito había dado a sus padres varios sustos, entre ellos el de comerse de una sentada seis bolas de naftalina que tomó por dulces de coco seguramente.

—¡Que está solo el niño, mirad qué hace!—gritaba la madre desde donde estuviese cuando no sabía nada de su hijo durante largo rato.

Con el teléfono la había tomado el niño hacía tiempo, pues le producía una gran curiosidad. En una ocasión le cortó el flexible umbilical, y el padre se desesperó llamando a la central, insultando a las señoritas telefonistas «que nunca cumplen con su deber y parecen estar escogidas en un concurso de sordas»,

hasta que vino el inspector y le mostró la diablura de su hijo.

El teléfono le tentaba siempre a Manolito y buscaba las vueltas a su padre para poder hacer con él algunos experimentos que se le ocurrían.

Pero nunca le dejaban solo con el teléfono, hasta que una tarde en que sus papás tuvieron que salir precipitadamente y los criados le olvidaron, pudo penetrar solo y sin vigilancia en la habitación del teléfono.

Manolito cerró la puerta, y después acercando una silla a la mesita del teléfono, consiguió a duras penas descolgar el auricular, teniéndole que dejar sobre la mesa, porque no tenía pulso para retenerle como los mayores...

Manolito se quedó contemplando el aparato vencido y partido por gala en dos, cuando le pareció oír una voz que le musitaba algo en voz baja...

Lo primero que hizo Manolito al oír

aquella voz fué bajarse de la silla y mirar a todos lados como exclamando: «¡Yo no hacía nada!», pero no vió a nadie...

«¿Diga?...» —oyó entonces bien distintamente que le decía la voz misteriosa.



Manolito, lleno de terror, se sentó en el suelo debajo de la mesa como para defenderse de aquel «¡Digal...» que cada vez se repetía con más nerviosismo e impaciencia, más veces al minuto:

—¡Digal... ¡Digal... ¡Digal...

—¡Digal... ¡Digal... ¡Digal...

—¡Digal... ¡Digal... ¡Digal...

—¡Digal... ¡Digal... ¡Digal...

—¡Digal... ¡Digal... ¡Digal...

Manolito estaba abrumado por los «Digas» que sonaban en sus oídos como la palabra de la Providencia, con algo de conminador y exigente en su tono:

—¡Diga! ¡Diga!—repetía la voz incessantemente, acosando más al niño, ahogándole, dejándola sin respiración, incapaz de responder...

Los «¡Digas!...» enrarecían ya la habitación y dejaban sin aliento a Manolito, pálido, con síntomas de asfixia en su rostro, tan exánime que al fin se cayó debajo de la mesa, sin conocimiento.

¿Cuánto tiempo estuvo Manolito desmayado por causa de esa especie de ácido carbónico de los muchos «Digas»?

No se sabe. Su padre se lo encontró así, y con ese instinto de padre que se da cuenta rápida de lo que les sucede a sus hijos, se dirigió despavorido al balcón, y abriéndolo de par en par, dió salida a todos los «Digas...» condensados en la habitación.

En seguida Manolito volvió en sí.

(Ilustraciones del escritor.)

El árbol galante.

Quizá más que el árbol galante se podría llamar a este árbol el árbol de la galantería, o quizá mejor el árbol de los hombres galantes.

Yo lo he sorprendido con mi pluma de escritor en el momento más vivo del ofrecimiento, cuando merecía más esa instantánea de la pluma.

Todo el árbol es como un conjunto de brazos de caballero que ofrecen sus *bouquets*. Cada mano ofrece un ramillete con decidido ademán, con presteza galante.

Yo, cuando veo esos árboles armados caballeros de la galantería, encuentro personificada en ellos la primavera cortés y ciudadana.

—La ofrezco, señorita, este modesto ramillete.

O

—Señoritas: una comisión nacida en el seno de los pollos de la ciudad tiene el gusto de ofrendarles estos modestos *bouquets*.

También me parece otras veces que es el santo de las Pepitas o de las Lolas, y por eso coinciden todos sus amiguitos en ese ofrendamiento, en esa oblación.

¡Cómo decora los paseos el gesto de esos árboles!

Siempre se ve en el conjunto expresivo de ese árbol el rasgo de coincidencia de unos

lechuguinos que aprovechan el día del beneficio de la joven y bella mujer para regalarle, con ademán apresurado, en coros decididos, todos los ramos de flo-



res en forma de sorbetes, que han atado con cuidado y con gran simetría uno a uno. Así como los otros árboles floridos son *corbeilles*, éste está más disgregado en individuales ramilletes, éste es «ramilletero».

Se destacan las flores de ese árbol caballeroso con verdadera prisa de ofrecerse, un poco inclinadas hacia delante en señal de pleitesía, ofreciendo cada ramo su punta a una presunta dama, quizá a cada una de las vecinas de la casa que hay enfrente del árbol. Hay una verdadera simetría en la colocación de los ramos, lo cual acaba de demostrar ese nerviosismo de grupo que supongo como anidado en el árbol.

Yo daría un premio, por su distinción y por su gesto rendido, a ese árbol que rinde pleitesía a las bellezas nuevas, a las mujeres, que están más hermosas que nunca esta primavera, a las niñas, que han dado un estirón morrocotudo.

Todos habéis adivinado la intención de este árbol admirador del eterno femenino y que parece haberse gastado tantas pesetas en flores como ramilletes ofrece, desde cada vástago, como con un brazo de americana negra y ribeteada por la que asoma el puño almidonado.

Si se me permitiese, diría que es el árbol genealógico de Don Juan.

Alegran los paseos estos árboles siempre adolescentes, siempre enamorados, siempre frente a las novias que surgen en los paseos por este tiempo, cuando ya sin mantón ni gabán se vuelven arrebatadoras.

Todos dirigimos miradas de estar en el secreto a estos árboles rumbosos, dardivosos, garbosos, que seducen a las modistillas, que entregan a todo el taller el agasajo sencillo, la atención barata que han envuelto en la tienda de flores con unas hojas verdes, con un modesto

cuello de hojarasca, en vez de ponerles los cuellos de encaje de Bruselas, de papel, que acostumbran a poner en las floristerías.

¿No será el colegio de cadetes que espera que pase la reina guapa para tirarle sus ramos de munición?...

¡Gran homenaje popular a las mujeres que pasan! Cada retazo del árbol, cada cucurucho empuñado de flores mantecosas y separadas, tiene una predilecta entre las mujeres, tiene una dirección, elige su reina. Parece que va a emprender una batalla de florés el árbol de los *bouquets* al por mayor.

Yo llegaría a decir que este árbol es como una suscripción pública de ramilletes, como una suma de dádivas amorosas, como el anhelo de ser simpático y de entablar conversación que hay en el joven colegial cuando llega esta época.

¿Ha quedado bastante destacado con

su destino vivo este árbol que prorrumpe en ramos de flores todas las primaveras, festejando en su santo con vehemente dedicación a la Señorita Primavera?

Tomemos ejemplo de él, aprendamos bien lo que quiere decir y busquemos a las Rosalías, a las Armindas, a las Casipeas, a las Rosemundas, a las Fleridas, a las Cármenes, para darles nuestra *cocardá* primaveral, nuestra muestra de felicitación en la verdadera Pascua Florida.

Los despertadores.

PRIMERO

Su despertador de cabecera le dejaba tonto, atónito, patidifuso, turulato, ahogado en una apretada congoja cuando le despertaba todas las mañanas. Resultaba su timbre de una intención tan aguda, tan implacable, tan inminente, que se tiraba sobre él echándole las manos al cuello para estrangularle, para hacerle callar de cualquier modo. Algunas veces se aturdía de dormido que estaba, y no lograba apagar su ruido voraz, contagioso, escandaloso y batallador. Alguna vez, ante esa propagación súbita de su ruido, sintió—todo hay que confesarlo—el deseo encarnizado de estrellarle o de lapi-

darle; pero desistió porque el reloj despertador sobrevive a todos los golpes y continúa; el despertador se cae muchas veces con estrépito, sonando su campana con dos o tres ayes sueltos; pero siempre—se puede tener la seguridad absoluta de ello—, al levantarlo del suelo, seguirá latiendo vivamente, quizás más curtido y fortalecido; él se puede abollar, perder sus patas, perder su cristal; pero por lo tozudo que es y por lo dura que es su mollera, seguirá andando con testarudez.

Le tenía odio, pero le necesitaba. Todas las noches le ponía junto a su cama, y alguna noche lo sentía el pobre solitario, como una compañía, como alguna compañía. Todas las noches sentía durante un largo rato que no iba a poderse dormir jamás con aquel tic-tac de calderero—ferrado y resonante—; pero al fin se dormía. En los días de fiebre esa sensación se prolongaba, y sentía el desper-

tador en la cabeza, duro y con su forma real, por lo que pedía a voz en grito que se lo socasen del cráneo, donde se le había hundido inaguantable, ariscado, incómodo, pertinaz y fúnebre.

Los años pasaban y el pobre hombre no variaba de suerte. Todos los días el despertador sonaba a las seis de la mañana. Todos los días menos el domingo, que guardaba el despertador en el fondo de un baúl, y que a veces, como le seguía oyendo, lo tuvo que meter en la carbonera. Todos los días le despertaba; pero sucedió que, por la costumbre, se embotó su oído, y lo dejó de oír algunos días, llegando vergonzosamente tarde a la oficina. Su primer arrebató al despertarse tarde esos días le hizo pensar en matarle; pero después, comprendiendo que su odio lo merecía él mismo, por sordo y limitado, acababa por maldecirse a sí mismo y por darse puntapiés a sí mismo en el traspontín. Él se insulta-

ba, llamándose: «¡Orejas tapadas de cerdo!»

Tanto llegaron a menudear aquellas sorderas, que, sintiendo en peligro su fama de empleado modelo, compró otro despertador con dos campanas.

SEGUNDO

Volvió a respirar, sintiéndose garantizado como su reloj. Se volvió a despertar sin falta en punto. Quizás el sobresalto, ese sobresalto que corta la respiración, fué mayor. Quizás el bote que daba en la cama se parecía al que los trapecistas dan al caer en la red tirante y floja. Quizás si hubiese tenido una pistola en la mesilla de noche la hubiese cogido y hubiese disparado sobre el blanco del despertador; pero ¡bahl, después de su inundación de notas iguales, después de su catarata de metal frío, impasible, terminaba tan en seco la tromba, que se

reponía y seguía siendo el primero en la oficina, aquel a quien el jefe daba la llave del armario reservado que necesitaba tener en su poder el más puntual, porque era el primero que había que abrir.

Pasaron más años, cogiéndole todos dedicado a la misma tarea y levantándose a la hora ácida de las seis, que casi todos los días era una hora cenicienta, y sólo algunos era tan azul y tan tierna que se sentía más afortunado que nadie, como desayunándose con un pan más tierno. Sin embargo, otra vez volvió a quedarse dormido, resbalando sobre su sueño el ruido de las dos campanas. Aquello era una fatalidad. No lo podía creer, y miraba al despertador; después de todo, gracias a las gracias, se despertaba voluntariamente, ¡y eran las diez! ¡Si hubiesen sido las siete o las ocho! ¡pero las diez! Al no oír al despertador se resarcía su sueño atrasado y expoliado y se entregaba el cuerpo a la molicie

prohibida y larga. Aquello no podía ser. Él tenía la llave que todos necesitaban, y por eso, por su alta misión, no podía dejar de levantarse a las seis.

Buscó otro despertador con otra campana más.

TERCERO

Lo encontró. Lo ensayó en su casa, satisfecho como un ser extraordinario al ser dueño de aquel aparato tan ruidoso, tan imperioso y tan constante. Volvió a acostarse tranquilo. El despertador de las tres campanas le despertaba demasiado, admitiendo menos dilaciones; pero ¡qué importaba, si le hacía llegar temprano! Trepidaba atrozmente, echaba los bofes; parecía un timbre pidiendo comunicación para un asunto gravísimo, urgentísimo, espeluznante; su sonería se precipitaba, daba menos tregua que los otros para valerse contra él; no daba

tiempo de tener un pensamiento, de recapacitar lo que sucedía, y el pobre hombre puntual se quedaba un rato con los ojos abiertos y fijos, delirante y tembloroso, con cara de llanto, incorporado con una tiesura rígida, ahuyentado hacia la cabecera de la cama, agarrado a sus hierros, sin determinación durante unos segundos para parar el despertador, como herido por los disparos seguidos y automáticos de una browning de numerosos tiros. Sólo haciendo un gran esfuerzo, y pasado ese momento de pánico iufundado, daba un salto, cazaba el despertador y lo metía debajo de la almohada, tapándole el resuello, hasta que se pasaba toda la cuerda de sus campanas. ¡Al fin!.. Y entonces respiraba. Le había vencido. Se había salvado. Sonreía con una risa neurálgica y sardónica, una sonrisa de extraviado, y con los ojos abiertos, desencajado, bastante amarillo y trémulo, se vestía con esa turbada y

afectada satisfacción que queda después de haber tenido una cuestión violenta, aunque se haya salido victorioso.

Su despertador palpitaba después todo el día, sosegado, humilde, en ese ambiente soñarrón y nocturno que crean a su alrededor los despertadores, evocando siempre una alcoba llena de cotidianismo, una alcoba sombría, y añadiendo a veces a su evocación el detalle de una mesa cargada de medicinas, de frascos azules con blanca cofia plisada, y extendida sobre su tablero la lista de las horas en que debe tomarlas el enfermo.

Algunas veces su despertador—como acostumbran a hacerlo todos los despertadores—sonaba a la tarde al volver a pasar por la hora casual en que lo había puesto al alejar la manilla aturdidamente, sin pensar más, de aquella hora en que sonó. Era un imprevisto tan grande, que sobresaltaba como un timbre que sonaba en el fondo de la casa, escanda-

loso, como sonado por una visita violenta e inesperada. Pero en esos accidentes se portaba como un valiente; muy sobre sí, en la vigilia se iba derecho hacia él y lo sometía al silencio con decisión, con cólera, con determinación.

Seguía yendo el primero a la oficina. Quince años de servicio, quince años de estar en la oficina a las siete menos cuarto de la mañana. Sin embargo, cada vez más, después del estrago de cada mañana, sus ojos conservaban todo el día un espanto fijo, un espanto de nada, un espanto seco, señalado por un círculo rígido de sus órbitas, y había en él un relámpago nervioso, volviendo y encogiendo la cabeza de momento en momento sobre el hombro izquierdo.

En su lecho también tenía pequeñas convulsiones involuntarias. Vivía todo el día de la conmoción cerebral del despertador, con un pasmo sordo de todo el espíritu, lento, atontado, difuso, so-

námbulo, como recordando el ruido temprano que le cogió desprevenido, como un hombre demasiado escarmentado que recela de que le den siempre, en todo momento, un susto o un golpe por la espalda. Su nuca estaba fruncida de pavor y se fruncía más de rato en rato, tirando de su cabeza y de sus hombros de vez en cuando. ¡Se es tan tierno, tan susceptible, se está tan abierto, tan indefenso, tan descorrido en el sueño, que la música ratonera del despertador haee un estrago ingrato de bala explosiva!

Pasaron así más años, durante los cuales la mañana joven, nueva y desnuda de las seis se mostraba al pobre hombre todos los días, aunque casi en vano, porque él no consultaba ya con la mañana su primitiva idea de ella. Él cada vez era más rectilíneo y andaba por su recta tan estrechamente como el punto que la crea. Sin embargo—otra vez el humano «sin embargo»—, un día se durmió.

Aquello le pareció un escarnio de su vejez. Ya no lo esperaba. Era absurdo que aquel despertador le dejase de despertar. Sólo con su muerte le parecía disculpable que no hubieran podido las tres campanas de formidable agudeza. ¿No habría sonado? Sí, había sonado. La cuerda de las campanas estaba toda descorrida y desrizada y la manilla del despertador estaba fija en las seis, como indicio siempre fehaciente. ¡Había sonado en balde a las seis! «¡Burro de piedra!», se insultaba él mismo. Como siempre que sucede eso, pensaba la paradoja de que, haciendo un esfuerzo, podría volver a las seis de la mañana, o antes de que hubiese sonado. La mañana era más clara por la rendija del balcón, más clara y más cuajada, y los ruidos de la calle más numerosos, más compactos y más hechos, siendo todo eso demasiado reconocible al primer golpe de vista para engañarse demasiado.

¡Si a lo menos no le volviese a suceder!

Pero volvió a sucederle. La indignidad amenazaba con inutilizar su costosa asiduidad de siempre. Había que buscar otro despertador más fuerte. Lo buscó con cierto pánico, temeroso de encerrarse con un ruido mayor que el desechado. Pero la heroicidad de su vida se lo reclamaba, no pudiendo olvidar que él era «el encargado de la llave del armario reservado». Buscó, rebuscó, pero no halló el despertador progresivo que correspondía al progresivo embotamiento debido a la irresistible asiduidad. Entonces lo mandó construir. No le quedaba otro remedio.

CUARTO

Poco tardaron en construirle. Era grande, barroco, monstruoso, complicado como los aparatos excepcionales y personales dedicados a una necesidad

ruín. Sostenido por fuertes puntales, tenía una campana de bronce con forma de campana de iglesia, una campana que, después de sonar el badajo, era volteada por dos tirantes automáticos, como son volteadas las grandes campanas de los campanarios en las grandes Vísperas y en los profundos Clamores, mas con el vértigo de los despertadores y con el timbre atiplado y agudo de ellos. Lo ensayó, y aquello fué un toque a rebato o a incendio frenético y urgente. Tanto, que toda la vecindad salió a la escalera como si hubiesen llamado al timbre de todos los pisos. Él sonrió y se frotó las manos. Había asegurado hasta el día de su muerte su victoria sobre la imprevisión que hay en el sueño. Aun muerto resucitaría por el ruido de aquel despertador. Se sintió sobrepujado y esperó la hora de dormirse para comprobar la seguridad de su reloj. Vidente y genial, claro y radiante, despertaría en

la próxima mañana. La hora llegó. Puso en las seis su despertador.

Apagó. Un largo rato creyó que, por su impaciencia de ver la lucidez súbita que despertaría en su espíritu el ruido asombroso, no dormiría aquella noche y oiría despierto el portento de su campana, que así no le haría el efecto radical que esperaba. Se durmió al fin, y soñó con una gran campana que sonaba animosa, reveladora, despertando deslumbradoramente a una ciudad de holgazanes y de cegatos, infundiéndoles una increíble inteligencia y la virtud de ser tempraneros y puntuales. Los muertos, todos los muertos se despertaban al ruido de esa campana. Tan intensamente optimista y afortunado fué su sueño, que le despertó. Un momento creyó que había sonado ya, y que, como le sucedió otras veces con las otras campanas, no lo había oído; pero desmintió esto cuando vió que marcaba aún las tres, hora

lejana a la hora señalada para la sorpresa, que el ser dueño de aquel tremendo tesoro de ruido le hacía esperar ambiciosamente. Y se durmió de nuevo.

.....

A las once de la mañana dieron unos golpecitos en su puerta. Un compañero de la oficina venía por la llave del armario reservado, que era necesario abrir. Pero nadie contestó; se volvió a llamar, y nada, hasta que entraron alarmados en la habitación y abriendo los balcones vieron que el hombre estaba tendido en la cama, espantoso, como estrangulado, como muerto de muerte violenta, con el rostro azulado, con los ojos inexpresivos y con un gesto desconcertante de recién despertado en medio de su sueño eterno.

Había muerto de un colapso. Le había matado el monstruoso despertador, que, por lo excesivo que fué, por como entró violento y acuchillador en el sueño tierno y blando, le había logrado despertar

en la otra vida haciéndole estallar por dentro.

Quizás nadie lo sospecharía, pero esa había sido la pura verdad.

De sus oídos manaban dos leves hilillos de sangre.

«Reverte I»

Fué fantástico que sucediese «aquello» en aquel Hipódromo de Londres, Hipódromo de reyes, reyes de incógnito con sombrero de copa claro, muchos reyes de la riqueza y hasta reyes de monarquías lejanas. Todos reyes de incógnito junto a los reyes de Inglaterra, que se asomaban a la tribuna regia muy enguantados, sosteniendo en sus manos ejemplares especiales del programa, ejemplares en auténtico pergamino.

Y fué más fantástico y más absurdo que hubiese sucedido eso, porque los caballos que luchaban aquella tarde eran los de progenie más ilustre, que habían venido de las grandes capitales como en *sleeping*, sentándose a cenar en los co-

ches-restaurants y fumando grandes puros con anilla en la noche de los trenes. Entre los que habían luchado estaba «*Cesar*, hijo de *Napoleón I* (que ganó el premio de la reina Margarita, en Bruselas), hermano de *Nicolás IV* (ganador de varios grandes premios) y nieto de *Nabucodonosor* (caballo del rey de Dinamarca, que ha ganado el gran premio final de 900.000 francos que concedió S. M. la Reina viuda)»...

...*Titán* (ganador de muchos grandes premios, cuya suma pasará de tres millones de francos), hijo de *Franklín* (el caballo que murió de una caída en Douville, después de ser el campeón del mundo) y nieto de *El príncipe heredero* (el caballo relámpago que ganó el gran premio de Norte América)... *Apolo* (ganador del premio del gran brillante de la India, tasado en un millón de francos y ofrecido por el gran emperador de la India en su visita a Europa), hermano de

Carnot y de *Absalón II*, e hijo de *Víctor Hugo* (ganador de cien grandes premios en cien finales), nieto de *Federico el Grande* (ganador del último gran premio de París).

Junto a tan prestigiosos caballos, ¿quién era aquel caballo que había ganado la carrera y que en el programa sólo figuraba como *Reverte I*, sin padres ni abuelos, como hijo espurio o como hijo natural?

Todos nos reimos al verle con su traza grotesca de caballo renqueante, desven-
cijado, desriñonado, que no podía con
sus cuartos traseros, sobre los que pare-
cía haber caído una pesada columna. Re-
velaba uno de esos caballos españoles de
los coches simones, esos caballos que
parecen camellos rebajados, camellos
con los huesos salientes formando una
escarpada sierra sobre el tejado de sus
espaldas; uno de esos caballos que pare-
cen estar ya colgados en las tenerías,

cuya piel ha embebido como los trajes teñidos, caballos trasijados, cuyas costillas aparecen como en los animales desollados; uno de esos caballos secos que se vuelven cabezotas al enflaquecer, resultando su cráneo como un cráneo de burro, un cráneo grandote, pesado, largo, como de otro animal mayor. Era un caballo de esos que ha pintado Alberto Durero, caballos sobre los que monta la Muerte con su guadaña y su farol, y sentada sobre ellos, que van a pelo, no les hace daño con su culo duro y puntiagudo; un caballo con el flequillo tieso, de agudos corvejones, plagado de juanetes, de mataduras, de verdugones, de esparravanes, con patas de liebre desollada. Recordaba a *Rocinante*, y tenía, de pie, la figura de los caballos tendidos sobre la tierra aplastados por la muerte antes de hincharse.

Su figura no nos pudo parecer más lamentable ni más cómica, pero cuando

le vimos arrancar nos tragamos la risa. Primero se espatarrancó como si se hubiese desarticulado, pero en seguida se rehizo, se levantó, avanzó y emprendió una carrera fea, una carrera de zanqui-largo, de caballo de madera, de saltamontes, pero una carrera fértil, de tal modo, que pronto se destacó entre las siluetas de los caballos y de los *jockeys*, confundidos como en los vertiginosos girósopos, y les adelantó y llegó a ser el que desaparece en medio de la velocidad, el que se transparenta por su velocidad, dejando ver lo que se proyecta detrás de él, dejando ver el público de las carreras. Así, hasta triunfar.

¿Quién era *Reverte I*? Nadie sabía nada. Un solo hombre—indudablemente el dueño, que era el único que podía creer en aquella carroña—había apostado por él, y ese se había metido en el bolsillo una fortuna.

¿Quién era *Reverte I*? Fuí a la cuadra.

El caballo ya no estaba. Fuí a la secretaría del Hipódromo, donde pueden verse los antecedentes de los caballos. Allí no había más noticias que un nombre español, muy español, César Moro, y unas señas. Lo apunté y me dirigí a su casa.

.....

Con una gran confianza, llamé a su puerta con un toque seguido, de compatriota, y cuando me abrieron pregunté por él en voz muy alta, luciendo mi castellano en el magnífico *hall* de César Moro. El criado, español a la legua, me contestó con amabilidad, satisfecho de oír mi castellano de zaguán español, y entró a avisar a su señor.

Entonces yo miré a mi alrededor y me quedé asombrado. *Reverte I* estaba sentado como un perro sobre un tapiz, en el rincón de la escalera del *hall*, mirándome, mirándolo todo, porque sus grandes ojos atónitos podían mirarlo todo de una vez. Era tan inverosímil la

presencia del caballo allí, que llegué a pensar si sería una reproducción de él admirablemente hecha, pero me disuadió de eso cierto encandilamiento vivo que había en él.

En eso el dueño apareció. Era un gitano, aunque muy vestido a la inglesa y con unos botines que en sus pies señalaban la pezuña y suprimían la puntera de los zapatos. Llevaba una mano en el bolsillo del pantalón, y la otra colgaba del bolsillo de su chaleco como un dije de reloj lleno de brillantes.

—¿Qué deseaba usted?—me dijo sin avanzar.

—Una gran curiosidad me ha hecho tomar un coche y venir a verle después de la carrera. He visto correr su caballo *Reverte I* y vengo a darle la enhorabuena... No he tenido en mi vida ninguna sorpresa tan grande, y vengo a testimoniarle mi admiración... Vengo en representación de España—aunque nadie me

haya dado su representación— a rendirle homenaje... Nada más.

—Muchas gracias... Siéntese usted y hablaremos... Yo no me entiendo con esta gente, y me agrada que haya usted venido... Necesito contar a alguien el secreto de mi caballo, ya que no he podido contárselo a nadie esta tarde...

El dueño de *Reverte I* tenía todo el aspecto del enriquecido padre de la *coupletista* que recibe en su *camerino* junto a la «estrella». Yo le había halagado con picardía y él iba a franquearse.

—Lo que le voy a decir a usted tiene el peligro de que le pueda hacer abrir la boca y dejársela abierta, como suele suceder a veces... Usted ya sabe que nos santiguamos la boca en los bostezos porque antes había muchas personas que se quedaban con la boca abierta para siempre o morían del bostezo... Santígüese, por si acaso... ¿Qué clase de caballo cree usted que es *Reverte I*?

—No lo podría adivinar, pero estoy ya prevenido para no quedarme con la boca abierta como los buzones... Cuénteme, cuénteme...

—Pues *Reverte I*, ¡asómbrese usted! es un penco de esos que sacan a que los maten en las plazas de toros... La tarde en que yo le conocí era una tarde de novillada... Toreaban... ¿para qué los voy a recordar? Eran los novilleros de siempre, pobres, valientes, de esos que de pronto hacen las suertes más estupendas... Mi caballo salió al primer toro, pasito a pasito, como un baldado a quien sacan por primera vez a la calle después de haber estado a la muerte. Se metieron con él, le llamaron «espectro», «fúnebre», «sabandija», «araña», «caballo del hambre», ¡y qué sé yo cuantas cosas más!...

Moro hizo una pausa para reanimar el puro que se le apagaba, y después continuó:

—Salió el toro, y lo primero que hizo fué darle una cornada en la barriga que le echó fuera todas las tripas, que colgaron como las salchichas en las carnicerías; el «mono sabio» le cogió del ronzal y se lo llevó fuera. Llegó el segundo toro, y cuando ya el público se había olvidado de él, salió de nuevo, aunque ahora salía un poco más brioso, con un aire ágil y decidido... Salió el segundo toro, y en seguida le buscó, y como si fuera de nuevo el primer toro y le hubiese reconocido y la tuviese tomada con él, le metió el cuerno por el pecho y se hartó de escarbarle dentro con una gran voluptuosidad... Después se fué, y el «mono sabio» le cogió de las bridas, mientras él sangraba como una fuente de caño gordo; le zurró de lo lindo, hasta que le pudo sacar fuera de nuevo... Ya todos le dimos por muerto y seguimos presenciando la corrida... cuando en el tercer toro apareció otra vez él, repues-

to, más vivo que nunca, dando vueltas al ruedo como un caballo de circo... Salió el toro y *Reverte I* se fué hacia él, desobedeciendo todos los frenos... El toro le huyó, corrió un rato por otro lado, pero ante la insistencia de él en buscarle, le embistió por detrás, clavándole el cuerno en las entrañas... Comenzó a coces, tiró al picador, se movió un rato violentamente, estirando la pata en el aire, nerviosa como un relámpago, hasta que se desprendió, y otra vez sangrante, destrozado, comenzó a correr por el ruedo como un desaforado, vertiginoso, casi como ha corrido esta tarde... Al fin le alcanzaron, y otra vez desapareció... Entonces yo salí al patio de caballos; iba sin idea fija de por qué iba... Allí le preparaban la puntilla; detuve al cachetero y ofrecí por él una cantidad, que aceptaron sin regateos; y después que en la nueva herida metieron estopa con árnica, como en las otras heridas, se la co-

sieron y salí con mi caballo... Ni cojeaba ni iba débil... Me monté en él con mis dudas de si podría conmigo, y salí al galope tendido hacia mi casa en las afueras... Aquella primera carrera vertiginosa y estupenda me convenció de que mi caballo era una maravilla... Esa es la primera parte de la historia de *Reverte I*; la segunda parte estuvo llena de asombros, de dudas, de tanteos... Mi caballo no quería comer, y mi caballo adelantaba a todos los demás en esos pugilatos que surgen en las carreteras, y mi caballo, sin comer ni beber, vivía un nuevo día cada día... Así comprendí que en las carreras sería el vencedor... Lo probé, y así fué... Esa es toda la historia de *Reverte I*... Él me ha hecho rico... Sin bajos apetitos, sin concupiscencias, sin la pesadez de las tripas, es la ligereza personificada... Ahí le tiene usted; así está casi siempre, aunque a veces le dan unos raros ataques epilépticos de esos que les

dan a los caballos en las plazas cuando van a morir: entonces le damos árnicá, mucha árnicá, una borrachera de árnicá, y el árnicá le espabila... Es inextinguible... Y eso me favorece tanto más porque todos los caballos de las carreras suelen morir envenenados por sus enemigos en esa lucha traidora que trae la competencia de los premios.

Mientras escuchaba el relato, yo veía las escenas de los caballos y los toros, yo veía ese caballo con un ojo tapado por el pañuelo de hierbas—¿quién es el mal hombre que presta esos pañuelos que son como los que vendan los ojos de los que van a fusilar?—¡Yo veía todos esos caballos ya inservibles ni para engancharles a los entierros de quinta clase, ni para los coches simones de estación de sexta clase, ni para los lecheros muy pobres! ¡Yo veía a las mujeres taparse la cara! ¡Yo veía ese ensañarse de los toros con los caballos, ensartándoles

a veces el corazón como están ensartados los riñones a la *brochette*! ¡Yo veía esos vientres abiertos y que son más repugnantes que los vientres de los canchales abiertos en el deseo de encontrar mas carne blanca! ¡Yo veía ese colarse la sangre por las heridas mal cosidas y caer la sangre en la arena y entrarse por ella, porque la tierra, así como rechupa a la postre el agua de las más copiosas tormentas, rechupa la sangre, y si se escarbaba profundamente en el ruedo de las plazas se encontraría un gran pozo de sangre! ¡Yo veía ese ojo, ese solo ojo de caballo que quedaba al descubierto, ponerse en blanco de un modo vagoroso! ¡Yo veía ese cornear y cornear caballos, quitándoles el aparejo, levantándoles y dejándoles caer, enardecido el toro por las coces del moribundo, ¡porque el caballo es tan noble que no se le ocurre morder, cuando debía morder con toda ferocidad! ¡Yo veía al picador, que es el

gran *jockey* que sabe sostenerse sobre los caballos muertos que a veces corren la carrera final con un vértigo después del que se hunden de cabeza en el abismo de la muerte! ¡Yo veía a esos *jockeys* de la muerte mirar desde arriba del caballo lo que se ve de su panza, y en la que no saben qué ha pasado hasta que el caballo cae! ¡Yo veía ese destartelado esqueleto de los caballos, ese esqueleto de cráneo largo y grandote y de cuello de huesos delgados, un largo y flaco cuello de alambre, del que resulta inverosímil que haya colgado nunca esa cabezota pesada como una gran piedra y que quizás por eso es por lo que la inclinaban con tanto cansancio y tan afonada dejadez hasta el suelo cuando estaban parados antes de morir! ¡Y yo veía, sobre todas las cosas de la lidia, ese momento en que el caballo caído y muerto se ensucia en la muerte, hace su última necesidad, demostrando así su supremo

miedo a morir, su espanto al entrar en la sombra del otro mundo desde donde hacen «eso»!

Los ojos de *Reverte I*, como los ojos de un Lázaro resucitado, lo comprendían todo y, sin embargo, callaban: negros, profundamente negros, recogían la habitación y las luces, como las recoge la panza de los tinteros de cristal llenos de tinta. Yo le miraba muy serio y recordaba una frase rusa: pensaba que los caballos y los toreros no mueren *hasta su muerte*; no hay quien los mate «hasta la muerte». Volví la cabeza y le dije al dueño:

—No he visto nada más asombroso... Admiro a *Reverte I*, pero más le admiro a usted por su rasgo... Merece usted su fortuna... No hubiera sospechado esta historia ni la hubiese creído de no verla ni oirla.

Si se hubiese usted fijado en el *jockey*, quizás hubiese pasado por su imaginación la verdad.

—¿Por qué?

—El *jockey* iba vestido como un «mono sabio», con blusa roja y un pañuelo rojo al cuello.

—En el vértigo de la carrera casi no le he podido ver...

Seguimos hablando, y cuando ya creí que era demasiado monótona mi admiración, me despedí de aquel hombre y apreté efusivamente su mano llena de sortijas... Saludé también al caballo.

El devorador de mandarinas.

El devorador de mandarinas — sería confuso decir «el comedor de mandarinas» — está frente a un gran frutero lleno de mandarinas, deleitándose en su oro antes de tomar la primera, exaltada en la cúspide del castillete.

El devorador de mandarinas piensa antes en las mandarinas: las mandarinas son como las mujeres menudas, dulces, alegres, afectuosas. Las mandarinas parece que han de venir del Japón, parece que son los senos chiquitines de aquellas mujercitas pálidas, tersas y retrecheras; las mandarinas son joviales, insinuantes, y su esencia es esencia de impúberes.

El devorador de mandarinas huele

después la mandarina, la maneja un poco, la siente como un pequeño seno redondo, breve y friolento, y después, en vez de abrirla con el cuchillo que tiene a su lado, le clava la uña y rasga su cáscara, lo cual es una de las mayores voluptuosidades del devorador de mandarinas, porque la cáscara se rompe como una virginidad indudable y herméticamente cerrada e intacta. ¡Oh! ¡Hay una seguridad tan indudable de que es para él solo la mandarina y de que ha sido él solo el que la ha desflorado!

El devorador de mandarinas, con su mano que sobre la mandarina actúa como una garra de animal selvático, arranca el primer gajo, y ya después no para, y se empalman unas mandarinas con otras en una sed inextinguible y progresiva que le hace comer los gajos de dos en dos, de tres en tres, hasta que llega a comerse las mandarinas enteras.

El devorador de mandarinas sabe

cómo se distinguen las mandarinas del resto de las frutas, en qué se diferencian del plátano, de la piña, de todas, y sobre todo en qué se diferencian de la naranja, que aunque es lo que más cerca está de ellas y es también admirable, es excesiva, es demasiado recia, agria, corpulenta y mujerona; además, la cáscara de la naranja está irritantemente pegada a su cuerpo, es más dura de pelar y no tiene ese perfume de fina esencia que despide como un pulverizador ideal la cáscara de la mandarina.

El devorador de mandarinas se dedica a ese festín como un dilapidador de su fortuna sabiendo cómo va rápidamente hacia la ruina y lo pronto que ya no podrá tomar más y un deleznable montón de cáscaras llenará su plato y se saldrá de él.

Nada más en su punto de dulzor y prudencia que la mandarina—piensa el devorador de mandarinas—, nada que

traiga más a la boca la delectación de la tierra bajo todas las estaciones, la esencia de la poesía práctica, hasta estar incluido en la mandarina, no sólo el más refinado sabor del sol, sino el sabor de la luna en esas noches pletóricas en que ilumina los naranjos y despierta el olor del azahar como sólo la luna lo despierta y hasta tienen un ligero sabor a brisa del mar. ¡Oh, buen corazón de la mandarina!

Así llega el devorador de mandarinas al último gajo... El llegar al último gajo le desespera... Lo guardaría, lo reservaría, para hacer posible un último sabor de la mandarina durante el resto de día que se quedará sin mandarinas; pero al fin, sin poderlo remediar, como quien se come una última perla, se lo toma artejo a artejo, subdividiendo ese gajo hasta morder en el último mordisquillo la yema de sus dedos...

Entonces mira el montón de cáscaras,

por si hubiese dejado olvidado otro último gajo, y se queda desesperado y orondo, como un rey Midas que se hubiese comido hasta hartarse un oro más simpático que el rey enloquecido.

Choque de trenes.

El choque de trenes había sido terrible, violentísimo, sangriento. Nadie se explicaba cómo había podido suceder. Todas las señales habían sido hechas y las agujas habían funcionado bien.

Nadie se lo explicaba, pero era bien sencillo. Las dos máquinas, llenas de una ferviente sensualidad, se habían querido montar. Estaban cansadas de verse de lejos y de no verse en el vértigo de los cruces, cuando más cerca estaban; estaban cansadas de llamarse con pitidos, de desearse con nostalgia; y como el celo de las máquinas es mayor que el terrible celo de los elefantes y de los camellos, se habían querido montar, pero precisamente su celo, por lo terrible y lo impetuoso que es, es catastrófico y final.

La criatura imposible.

Cuando se declara un incendio sucede una cosa terrible, más terrible que el incendio, más terrible que el saber que en los altos chiscones alguien se achicharra, más terrible que el saber que hay un niño que perece y que se habrá incorporado sobre su cama entre las llamas, transformándose de rorro ciego en un ser vidente, lleno de un sentido precoz de la vida, con ojos de ser maduro y cambiándose su llanto inocente y muñequil de niño de pecho en llanto sabio y desgarrador de hombre o de mujer en la edad viril. Y eso que es más terrible que todo es que sacan en una silla esa criatura imposible, que se corrompía, que sufría una enfermedad imposible, una lepra

más terrible que la lepra en el fondo de la casa, en el rincón insospechable, en el sótano inmundo. Da miedo verla. La falta media cara, la nariz es chata como la de la muerte, toda ella es tumefacta y monstruosa. No salía hacía mucho tiempo, no la veía nadie, no se movía, pero en el momento del incendio se había llenado del instinto de la vida, había ululado y sus ojos se habían llenado de una inteligencia excepcional, sus manos vivieron con violencia, como intentando asirse a un remate ideal, con un anhelo vago pero obstinado, con ese nerviosismo, ese raboneo, ese movimiento blando de todo el cuerpo, de las larvas que se quedan de pronto al descubierto, arrancadas del tuétano de su manzana.

INDICE

	<u>Páginas</u>
Las dramáticas chimeneas	9
Variedades	25
Las extranjeras	30
Momentos	38
Cómo mueren	39
El ente plástico	43
Cabelleras vegetales	51
El niño asfixiado	57
El árbol galante	65
Los despertadores	71
«Reverte I»	87
El devorador de mandarinas	105
Choque de trenes	111
La criatura imposible	113

DE ESTE LIBRO SE HAN HECHO
EJEMPLARES EN PAPEL DE HILO



LOS PRIMEROS SEIS CUADERNOS LITERARIOS

Pío BAROJA: Crítica arbitraria	1,00 ptas.
SANTIAGO RAMÓN Y CAJAL: Pensamientos escogidos	1,50 »
D. DE REGOYOS: España Negra	1,75 »
RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL: Un aspecto en la elaboración del «Quijote»	1,50 »
ALFONSO REYES: Calendario.	2,25 »
J. MORENO VILLA: Comedia de un tímido	1,25 »

LOS SEGUNDOS SEIS CUADERNOS LITERARIOS

ENRIQUE DíEZ-CANEDO: Algunos versos	1,75 ptas.
ANDRENIO: Cartas a Amaranta	2,25 »
RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA: Caprichos	1,75 »
J. GUTIÉRREZ SOLANA: Dos pueblos de Castilla	1,25 »
GERARDO DIEGO: Manual de espumas.	1,25 »
AZORÍN: Racine y Molière	1,50 »

CUADERNOS EN PREPARACIÓN

de Eugenio d'Ors, A. Machado, M. de Falla, J. Ortega Gasset, F. García Lorca, Corpus Barga, Gabriel Miró, R. Pérez de Ayala, P. Henríquez Ureña, Jorge Guillén, Enrique de Mesa, Pedro Salinas, etc.

VENTA EXCLUSIVA EN «LA LECTURA»

PASEO DE RECOLETOS, 25. MADRID

**Lithomount
Pamphlet
Binder**
Gaylord Bros. Inc.
Makers
Syracuse, N. Y.
PAT. JAN 21, 1908

UNIVERSITY OF ILLINOIS-URBANA



3 0112 097510462